
LOS ASES DEL TOREO, POR "UNO AL SESGO"



**Francisco Vega
de los Reyes**

Gitanillo de Triana

Ediciones de la FIESTA BRAVA * 30 céntimos

Francisco Vega de los Reyes

“Gitanillo de Triana”

Para “Don Indalecio”, crítico notable, aficionado entusiasta y amigo muy querido, con sincera estimación.

El autor

I

Curro Puya es otro caso de intuición.

Esto de la intuición en tauromaquia parece en la actualidad cosa más frecuente que en otros tiempos, y probablemente no hay tal. En todas las épocas han abundado los que en nuestro lenguaje un bastante arbitrario llamamos *fenómenos*, o sea aprendices que se han revelado maestros desde los primeros pasos en el oficio: y en el número se podrían contar el un tanto legendario Bellón, el *Africano*, Joaquín Rodríguez *Costillares*, *Curro Guillén*, *Curro Cúchares*, *Lagartijo* el grande, como más característicos y para no prolongar la lista, que no acaba ahí ciertamente.

Y es natural: la intuición no es cosa de nues-

tros días. En todos los de la humanidad ha dado sus frutos y con toda seguridad más cuanto más atrasado intelectualmente se hallase el hombre, cuanto más en pujanza sus instintos, que dicho sea de paso son los que entran en juego, de modo especialísimo en esto que conocemos con el nombre arte de torear.

El toreo en sus fundamentos es un arte instintivo: el "quiebro", piedra angular, lo "inventó" sin saber que tal hacía, el primer "toreador" que por necesidad o por deporte se vió en la precisión de esquivar las acometidas de la res. El instinto le dió hecho el invento. No es posible fijar el número de quiebros que fué preciso para que el hombre se diera cuenta de que ese movimiento inconsciente era salvador y su empleo útil, aconsejando por lo tanto la prudencia su práctica. Y en este caso también, como es regla, "el instinto se hace previsor y se convierte en *voluntad*". La *voluntad*, pues, dispone de un recurso soberano para la lidia de reses bravas y del que sacará un inmenso partido.

Así ocurrió, seguramente, con otros hallazgos con que el arte de torear (1) se fué enriqueciendo unas veces por obra del instinto y otras de la intuición, aceptando la diferencia de grado entre uno y otra, que sitúa a aquel en el predominio de la animalidad y eleva a la otra a las sumidades de la humanidad.

(1) Bueno será advertir que lo de *arte de torear* lo empleo la mayoría de las veces en la acepción de "conjunto de reglas para torear".

L O S A S E S D E L T O R E O

Sin la intuición, pues, no habría tauromaquia. ¿No es lógico, por lo tanto, que los toreros intuitivos hayan sido frecuentes en todos los tiempos?

No menos natural encuentro que en esa categoría se hallen los mejores, los que han convertido el toreo en un arte, esta vez en el sentido de productor de belleza, exornándolo con aportaciones de otros, como el baile y la esgrima, de los que ha copiado el ritmo, la compostura, la elegancia y gallardía en la actitud, la justeza y gracia en los movimientos, sin perjuicio de la intrepidez, sino, muy al contrario, poniéndola más de relieve todavía.

Para incluir en el número de los intuitivos a *Gitanillo de Triana*, me fundo en los datos biográficos que de él he recogido.

De ellos resulta, como en seguida se verá, que cuando a los diecinueve años asistió por primera vez a un tentadero y reveló sus aptitudes poco comunes para la profesión de lidiador de reses bravas, sólo en otra ocasión, se había enfrentado con un novillo, hacía de eso cerca de cuatro años. Es posible, es lo más probable, que en ese intervalo hubiese jugado al toro con otros muchachos y hasta que toreara de *salón* en algún *corral*, adquiriendo en tal ejercicio el *automatismo* tan necesario en el oficio de torero, en el que el inconsciente toma parte tan activa; pero de todos modos hay que convenir que para hacerle al toro de verdad lo que se le hace al "casco" es de todo punto necesario adivinar, incluir en una pa-

labra, reglas tauromáquicas que la experiencia ha ido acumulando. Para ello no basta la reflexión, no basta la inteligencia, que sin la ayuda del instinto, fracasaría la mayoría de las veces, por la momentaneidad de las decisiones, razón para la cual no pueden ser éstas conscientes, *voluntariamente* conscientes, y es la subconsciencia la que las "inspira" en el instante preciso.(1)

Pero ya que hemos hecho referencia a la biografía de *Gitanillo*, puesto que ella nos ha de probar la verdad de lo que afirmamos, lo mejor será que la relatemos seguidamente.

Nació Francisco Vega de los Reyes el 23 de diciembre de 1904, en Sevilla, calle de Rodrigo, de Triana, del barrio del mismo nombre, que por entonces era la calle de la Verbena. Sus padres, gitanos puros, por los cuatro costados, tenían una herrería en la calle Pagés del Corro, 120, y en esa herrería comenzó Curro el oficio como *boca de fragua*, especializándose en la construcción de unos ganchitos que sirven para sujetar a los postes los alambres de los cerrados de los toros, ganchitos que llevan el nombre de *grapas gitanas*.

Tendría nuestro hombre sus quince años cuan-

(1) Y esta intervención de la subconsciencia en el arte de los toreros que llamo intuitivos, explica sus desigualdades muy frecuentes, porque la subconsciencia no está sujeta a nuestra voluntad y obra y procede cómo y cuándo bien le parece o en determinadas circunstancias y condiciones. Si además de *intuitivo* es *inteligente* y conoce su oficio, será el torero grande que de vez en cuando aparece en los cosos.

L O S A S E S D E L T O R E O

do cierto día, en unión de otros muchachitos de la Cava, que es como la calle de Pagés del Corro se nombra más vulgarmente, entre ellos el actual matador de toros Joaquín Rodríguez, *Cagancho*, que dicho sea de paso no tiene ningún parentesco con *Gitanillo*, ni es de familia de herreros sino de cantaores; tendría nuestro hombre quince años, decíamos, cuando se vió por primera vez delante de un novillo en las afueras de Triana, en un sitio llamado *Los Gordales*. A este novillo, que se había desmandado la noche anterior de un encierro de ganado de media casta que llevaban al matadero, le dió unos capotazos sin arte ni maña; y ya no volvió a acordarse del toreo en una larga temporada nuestro héroe.

Tan larga que no fué hasta el invierno de 1923-24, cuando se le ocurrió asistir al tentadero que en su finca de Barbacena hacía don Narciso Darnaude, y tuvo ocasión de torear una vaca brava, la primera en su vida, con tan buenas maneras de torero y con tanta idea, que los aficionados que lo presenciaron le auguraron el mejor éxito si se dedicaba a tal oficio.

Días después repitió la hazaña en el tentadero de los señores Moreno Santamaría, en la *Marmoleja*, y tal entusiasmo produjo Curro con su estilo de torear, que por la noche el matador de toros *Angelillo de Triana* y el banderillero el *Sargento*, que habían sido testigos de aquélla, le hablaron en términos tales del nuevo torerillo, al competente aficionado don Domingo Ruiz, que éste quedó en avisarles para cuando se le pre-

sentara ocasión de poderlo ver en algún tentadero.

La ocasión se presentó el 22 de abril de 1924, día en que hacía la faena el ganadero don Antonio Flores, en la dehesa del Prado, del término de Aznalcollar y allá fué *Curro Puya*, con don Domingo Ruiz, y en presencia de éste, del ganadero, de Juan Belmonte, de Antonio Cañero, de *Angelillo de Triana*, de los banderilleros el Sargento, Guerrilla y Mesita y de los aficionados don Leopoldo Matos y don Fernando Gillis Merced, el notable escritor taurino *Claridades*, toreó *Gitanillo* una vaca con tanto arte y tanto sabor de torero, que el "competente tribunal" quedó realmente edificado y por unanimidad se le otorgó al examinado la nota de sobresaliente, comenzando desde aquel día a extenderse la fama del torerillo de la Cava.

¿Dónde y cómo había aprendido a torear *Gitanillo de Triana*? ¿Quién le había enseñado lo que sabía?

Desde luego puede afirmarse que por lo que al estilo se refiere, nadie; y en cuanto al oficio, a la técnica, sería aventurado asegurar que sólo la intuición había intervenido.

Con efecto, apelar a la intuición tan sólo, al *subconsciente*, para explicar estas, en apariencia, improvisaciones, es algo más que aventurado. La parte mecánica de los oficios no hay manera de aprenderla como no sea con un ejercicio continuado; sólo así se llega al *automatismo* preciso para que la destreza se manifieste. *Gitanillo de*

Triana no habría toreado vacas ni becerros antes de esas probaturas, pero indudablemente había “jugado al toro” con otros chiquillos como más arriba decimos y lo que en esos tentaderos hizo fué aplicar “maquinalmente” el oficio aprendido jugando, a la lidia de las vacas bravas que sirvieron para su revelación.

Pero no es poco esto; es mucho; es tanto, que únicamente al artista de relevantes, de extraordinarias aptitudes le es dable hacerlo; y sin la colaboración de la intuición completamente imposible.

En ese sentido he afirmado al principio que Curro Vega era otro caso de torero intuitivo, en esta época en que nos sorprende la frecuencia con que se producen, y hasta ocasiones hay en que lo deploramos, ante la desconcertantes desigualdad que en muchos de ellos se advierte, difícil de explicar sin recurrir a la “cómoda” teoría de que me estoy valiendo.

Gracias a ella, resulta comprensible que determinados diestros que en una tarde se nos aparecen como artistas cumbres, descienden en otras a la vulgaridad y a la torpeza más censurables; que el que ayer fué valiente hasta la temeridad, sea hoy cobarde hasta la fuga. Generalmente, y sufriendo una equivocación absoluta, achacamos esas diferencias de actitud, a la voluntad del artista. No hay tal. La voluntad es en estos asuntos impotente. No existe torero que no desee triunfar; pero el triunfo no depende de su deseo, en esa categoría de lidiadores, por la razón sen-

cilla de que el subconsciente no se somete a la voluntad y al deseo del hombre, y aun es muy posible que se rebele contra ellas, o por lo menos que sean un obstáculo para que entre en acción.

El torero de oficio, es decir, el que *sabe lo que sabe*, el que con una práctica más o menos larga, ha llegado a dominar la técnica, con ésta puede tener lo bastante para salir airoso en la mayoría de los casos que se lo proponga; y en ellos si que es la voluntad la que manda. Pero en el torero intuitivo, en el que lo que *sabe no sabe que lo sabe*, porque su arte no es consciente sino inconsciente, el revelarlo es obra de determinadas circunstancias, de un estado de ánimo, que no se crea con sólo quererlo, que aparece y desaparece por causas que escapan la mayoría de las veces al propio interesado, que le exaltan o deprimen sin motivo aparente en ocasiones.

La imaginación acaso sea la que más contribuya a estos estados de alma, favorables o desfavorables para la realización de aquello que nos proponemos. Es muy probable que el torero que sale a la plaza con la seguridad de triunfar, fiando en su arte, "*consciente o inconsciente*", logre lo que apetece; es muy difícil que dudando de sí mismo, considerándose inferior a su cometido, temiendo el fracaso, no sobrevenga éste. De igual manera una actitud alentadora por parte del público puede contribuir al buen éxito, y por lo contrario una actitud hostil precipita el malo.

¿No explicará esto el que toreros que en ciertas

plazas triunfan, en otras fracasen, casi de continuo?

Y nos queda por examinar otro fenómeno, que servirá de contera a esta ya larga y tal vez enojosa digresión, de la cual no he querido aliviar al lector, sin preocuparme esta vez de lo que pueda tener de inadecuada en estas páginas, dado el público especial a que se dirigen, poco aficionado en general a ciertas especulaciones que en su opinión nada tienen que ver con "el toro", pero que a mí se me antoja que tienen que ver, y mucho.

El fenómeno que antes decía que queda por examinar es el que de vez en cuando se observa en algún que otro torero, de los que seguiremos llamando intuitivos provisionalmente, pues no me parece todo lo concreto que yo quisiera la denominación, los cuales así que van adelantando en el oficio y dominando la técnica diríase que van aminorando su personalidad, o para expresarme en el lenguaje taurino, van "perdiendo el sitio", con gran desencanto del aficionado que ve diluirse en la vulgaridad, en una vulgaridad persistente, un arte excepcional, que, aunque sólo se manifestase a rachas, era de tal calidad que compensaba en una tarde buena de varias malas.

¿No será que con el predominio del oficio sobre la "inspiración", en aquellos a quienes el valor falta, al darse cuenta del riesgo que afrontan, por un exceso de vigilancia del *consciente* queda anulado el *subconsciente*?

Téngase presente, por muy estrambótico que

a ciertos lectores se les antoje, que sin la intervención de la subconsciencia, del automatismo instintivo,(1) de algo, en fin, que no obedece a ninguna regla de la técnica tauromáquica, no serían posibles esos lances de capa repetidos en que los pitones pasan a una proximidad inverosímil del cuerpo del lidiador, esos pases de muleta desarrollados con una precisión que no hay arte que enseñe, y que en más de una ocasión son imprevistos e imprevisibles recursos, con los que no tan sólo se conjura el peligro, sino que dan lugar a un lance bello y a una bella actitud. El mismo diestro que ejecuta una de esas faenas, en la embriaguez del entusiasmo, sería incapaz de explicar lo que ha hecho y como lo ha hecho; y aun sabiendo que puede repetirlo, la manera y el momento escapan a su conocimiento, y no podría determinarlos.

De ahí que, como más arriba digo, la excesiva vigilancia del *consciente* sea obstáculo insuperable para el artista, porque le contiene y le impide "entregarse" en absoluto a la "inspiración", que procura suplir, en balde para los efectos de la emoción, con el oficio, muy eficaz en todo momento, ciertamente, pero como auxiliar y no como sustituto de aquélla.

(1) La calificación puede parecer también un poco arbitraria, pero la empleo para diferenciar este *automatismo* del que es un resultado o una consecuencia del hábito, o sea del automatismo adquirido a fuerza de un ejercicio repetido, como le ocurre, por ejemplo, al pianista, al mecanógrafo, y en general a todo el que practica largo tiempo un oficio.

¿Estas consideraciones, disquisiciones o lo que fueren, no le sugieren al lector el nombre de un torero de nuestros días, los comienzos del cual hicieron concebir las más grandes esperanzas, por los destellos de su arte personalísimo, de los que está viviendo todavía, y que cuando por su dominio de la técnica nos parecía que había llegado el momento de su encumbramiento definitivo, ha comenzado, precisamente, su decadencia?

Si su nombre acude al recuerdo del lector, sirva de ejemplo práctico ese caso, de lo que aquí he tratado de sostener.

Y ahora, pidiendo mil perdones, por estas incursiones a campos poco frecuentados por el simplemente "aficionado a los toros", vuelvo a *Gitanillo de Triana*, del que de todos modos no me he alejado, y reanudo su biografía, con lo demás que a ese artista del toreo atañe.

II

Realizada la prueba de que queda hecha mención e interesados los valiosos y entendidos aficionados que la presenciaron, de entre ellos nacieron los valedores de torerillo que tan buena maña se dió en el tentadero de Flores, y no pasaron muchos días sin que, vistiendo por primera vez el traje de luces, se presentara en la Isla de San Fernando, para matar, alternando con Manuel Fernández, *Cádiz*, cuatro novillos, sin picadores, de don Félix Gómez, de El Bosque.

Ocurrió esto el 18 de mayo de 1924. Uno de los novillos le dió una cornada en una pierna y ya no pudo Curro vestirse de torero hasta el 15 de junio, que volvió a torear en la misma plaza reses del mismo ganadero, pero alternando esta vez con Manuel Muñoz, el *Chiclanero*. Las cosas le rodaron bien a *Gitanillo* y el éxito fué excelente.

En ese año y hasta el 15 de agosto de 1925 que hizo su presentación en Sevilla, toreó muchas corridas sin caballos por los pueblos, consolidando su buena cartel.

En esa corrida de Sevilla alternó con Andrés Mérida y Cagancho, y fueron los novillos de Curro Molina, antes de Ureola y hoy de Pagés. También fué el éxito completo en esta fiesta, en la que hizo un quite que causó general admiración; y como con la muleta y la espada estuvo superior fué aplaudidísimo y cortó una oreja. Tres novilladas más toreó en Sevilla y cerró la temporada de 1925 con trece con picadores.

En la de 1926, hizo su presentación en Madrid el día 30 de julio, y llegó a actuar en 45 novilladas, las mismas que Félix Rodríguez, siendo ambos, los de su categoría, los que más torearon.

En *Toros y Toreros* de ese año, decía mi querido compañero *Don Ventura*, entonces colaborador mío en la confección de ese libro:

“...*Gitanillo de Triana* nos ha producido la mejor impresión cuantas veces le hemos visto torear, pues si el capote lo maneja con arte ex-

L O S A S E S D E L T O R E O

quisito, con la muleta ha realizado faenas muy notables y en momentos de compromiso hemos presenciado como entra a matar con la preocupación de llegar con la mano al morrillo.”

En 1926, empezó como novillero y hasta el momento de la alternativa tomó parte en 32 funciones. De ellas dos en un mismo día, el 25 de julio, en San Fernando y Sevilla, y en la noche del 25 al 26 una tercera en Córdoba.

En *Toros y Toreros*, dijo Don Ventura al juzgar la campaña total de este lidiador:

“Después de una lucida campaña como novillero a la que puso término en el mes de agosto, se hizo matador de toros con el beneplácito de los aficionados que ven en *Curro Puya*, como le llaman en Sevilla, un torero de relevantes cualidades y un excelente estoqueador.

”Es decir, que *Gitanillo de Triana* torea y mata; es valiente y es artista, pues singularmente con el capote hay pocos que le igualen.

”Que el doctorado se efectuó hallándose en sazón dicho diestro, lo demuestran los éxitos obtenidos por este en las corridas que ha toreado como tal matador de toros, habiendo quedado en situación inmejorable para la próxima temporada, durante la cual puede ser uno de los espadas que más toreen.

”A ello, pues, señor Curro, y procure dar a su toreo un poco más de alegría, con lo que sus faenas adquirirán mayor relieve.”

La alternativa la recibió en el Puerto de Santa María el 28 de agosto de manos de Rafael Gó-

mez, el *Gallo*, que le cedió el primer toro llamado *Vigilante*, berrendo en negro, de la viuda de Concha y Sierra.

En una corrida extraordinaria, celebrada en Madrid el 6 de octubre, y en la que tomaron parte Simao da Veiga, que rejoneó dos toros y el *Gallo*, Juan Belmonte y *Gitanillo de Triana* que estoquearon seis de D. Julián Fernández (antes D. Vicente Martínez) confirmó Curro la alternativa del Puerto, al decir del *Maestro Banderilla*, el querido cofrade Moya, en la siguiente forma, según puede leerse en *El Eco Taurino*, de la fecha:

“Confirmó su alternativa el diestro *Gitanillo de Triana*. No estuvo mal en su primero, aunque no tuvo suerte en el descabello. Sosote el toro, pero valiente y decidido el matador. Al final, el público le aplaudió con cariño. Luego en el transcurso estuvo admirable con el capote, hizo quites maravillosos, dió lances modelo de arte y de temple que fueron ruidosamente ovacionados, y luego al final, en el último toro, realizó una de las mejores faenas de muleta que se han ejecutado este año en esta plaza de Madrid. Valiente, cerca y, sobre todo, artístico, elegante, suave, con estilo personal. El público lo aclamó con verdadero entusiasmo. De no haber actuado Belmonte, o mejor dicho, de haber actuado con otros toreros que dicen que fueron y que aun siguen diciendo que lo son, ésta hubiera sido la tarde grande de *Gitanillo de Triana*. Y ahí queda eso para el año que viene. Se ha cumplido la pro-

fecia de Belmonte. En Gitanillo hay un torero, y un torero caro. De toda su promoción, éste es, sin disputa, el más enterado, el de mejor estilo, el de más gracia torera. Y si lo dudan, aquí están los comprobantes con el toro sexto de Don Vicente, lidiado en esta corrida."

No hay que decir que también fué Rafael el Gallo el que le cedió el primer toro, puesto que como primer espada actuaba, dándose con ello una vez más ese caso absurdo de que un mismo torero repita una ceremonia que con una sola vez basta y sobra.

Terminó la temporada Curro Vega con 18 corridas de matador de toros, estoqueando 39.

Los augurios de mi colaborador se cumplieron, y en 1928, *Gitanillo* toreó en España 69 corridas, y estoqueó 135 toros, o sea el que más después de *Chicuelo*, y eso que según hice constar en *Toros y Toreros* en 1928, "su nombre no lo llevan y traen los periódicos todo lo debido y los buenos éxitos alcanzados en general no han tenido la resonancia que merecían ni acaso la produzcan los resultados, en lo futuro, que se podían esperar".

Al finalizar la temporada marchó a México y aunque la suerte no le favoreció en las cuatro primeras corridas en que tomó parte, en la quinta, la de la Oreja de oro, por la gran faena que llevó a cabo, fué premiado con "el supremo galardón de la temporada" según expresión de *Ojo*, el cronista de *El Eco Taurino*, mexicano.

Por su parte el revistero de *Toros y Deportes*,

se expresaba así al dar cuenta de la solemnidad taurina:

"Gitanillo de Triana", lidiando al toro "Como Tú", conquistó francamente "La Oreja de Oro 1929".

"Fué entonces cuando apareció "Como Tú", el toro del alboroto.

"Lo adivinamos desde luego. Porque "Gitanillo" salió a su encuentro con visibles deseos de hacer algo. Y a fe mía que lo hizo. Otras verónicas de su marca exclusiva, de ese temple supremo y exquisito que dan personalidad y dan prestigios. Cada lance fué un dibujo. Y cada dibujo un olé. Por supuesto que el conjunto debe haberse oído en la Giralda.

"Entonces surgió verdaderamente "Gitanillo", en su plena magnitud. Y en el primer quite nos obsequió dos faroles morrocotudos. Y un recorte embarrándose a "Como Tú". Luego Pepe Ortiz, con otros lances bonitos, se lleva otra ovación. Y aun escuchamos más notas entusiastas al margen del último quite del trianero.

"Y al final, lo grande, lo supremo, lo más exquisito que pudimos saborear en la temporada.

"La faena más brillante, más torera. Una faenaza.

"Allí se reveló el torero, el lidiador majestuoso y sabio, que sabe torear y sabe exponer, porque "Como Tú" llegó aplomadote y bronco. Y con ese toro se hizo la faena.

"Una hermosa faena sería, hermosa, de admirable serenidad, de valor purísimo; sin tener que

llegar a los desplantes y pinturerías de bailarinas. Allí el torero imperó y se impuso. Hubo que tirar del toro y "Gitanillo" tiró de él, hasta obligarlo a pasar. Y todo esto sobre la mano izquierda, sobre la mano que es de uso exclusivo de los grandes toreros.

.....

"El total fué enorme. Y la ovación tremenda. Una sola, desde el principio hasta el fin, hasta cuando "Como Tú" dobló bien muerto por efectos de un soberbio volapié que fué el corolario de la gran faena de "Gitanillo de Triana".

Así terminó Curro Puya en México, y su segunda temporada de matador de toros. De la tercera, la presente, sería prematuro hablar todavía. En lo que lleva toreado continúa dando su nota característica, la de un arte depurado y su cartel se mantiene a la altura a que ha sabido elevarse.

Dentro de unos meses, en *Toros y Toreros en 1929*, será oportunidad de emitir un juicio que ahora resultaría incompleto. Para entonces queda, pues, aplazado. Pasemos ahora a otro capítulo.

III

Tomándolo de aquí y de allá, ha podido enterarse el lector de lo que prestigiosos críticos opinan del torero que es objeto de estas páginas, y para terminar sólo a mí me falta opinar; pero no lo quiero hacer aún. Antes prefiero cederle

el turno a Federico M. Alcázar y reproducir algunos párrafos del artículo que en marzo de 1928 publicó respecto a Curro Vega, y será un elemento más de juicio que ofrezca al aficionado.

He aquí lo que encuentro en ese artículo más interesante para mi finalidad:

“¿Cómo torea Gitanillo con el capote? Es muy difícil dar una idea de las verónicas de Gitanillo, porque todo lo que digamos resulta un poco pálido ante la realidad. Es necesario verle para formarse una idea exacta del arte maravilloso de este maravilloso torero.

”Esos lances suaves, lentos, largos, interminables, en los que el toro tarda tanto tiempo en pasar, que parece que se para el reloj, se para el corazón y se suspende el tiempo, son algo indescriptible, inenarrable, inexpresable en imágenes y palabras.

”¿Y la muleta? No tiene la magia del capote, pero hay en ella momentos prodigiosos. Ese pase natural, ¡natural!, es acabado, perfecto, puro, clásico, y ese forzado de pecho ejecutado con singular arrogancia es lo macizo, la matriz, lo eterno del toreo.

”Tiene otros tres pases incomparables: el natural con la derecha, ligado con el de pecho, y ese muletazo ayudado por bajo, que el toro pasa despacio y el torero permanece erguido, inmóvil, sin más movimiento que un ligero quiebro de cintura y un leve juego de muñeca.

”Un día le preguntaron a Rafael Gallo qué entendía por clasicismo en el toreo.

"El "calvo" se quedó un instante pensativo y al momento respondió:

"—Clásico es lo bien hecho, lo bien "arrematao".

"En Gitanillo hay también un excelente matador de toros. Todo su gran estilo de torero parece que lo lleva a este momento supremo y ejecuta la suerte de matar con una pureza, una honradez y un estilo saombrosos. Le ocurre algo de lo que le pasaba a Belmonte, que toro que torea bien, lo mata tan bien como lo torea. Recientes están sus dos volapiés auténticos y verdaderos a los dos toros de Coquilla."

Ha consumido el turno Alcázar, y es a mí ahora, sin excusas ni pretextos, al que le corresponde decir su parecer. No porque ese parecer tenga la menor importancia, sino porque a darlo me he comprometido al escribir este opúsculo que ha de ser crítico a más de biográfico, y no estaría bien que rehuyera el compromiso.

Pero téngase presente la dificultad, puesto que todo lo que importa, y le interesa al lector, respecto al arte de nuestro torero estampado queda aquí, respondiendo de ello firmas del mayor prestigio. Yo puedo asentir o disentir. En el primer caso me vería precisado a repetir, o cuando más a glosar, juicios ajenos; en el segundo a darle un carácter polémico a estas páginas, y no es esa mi intención seguramente.

Me queda un solo recurso, y a él me acojo, y es el de dar por mío lo que los otros han dicho y añadir algunas observaciones.

Así, pues, para mí también, *Gitanillo de Triana* es un torero completo, con un estilo muy personal, que, además de torear maravillosamente con el capote, torea muy bien con la muleta; y que un diestro con estas condiciones sobresalientes sea además un buen estoqueador, es cosa notable, pero muy notable, porque no se suelen aunar en un solo individuo aquéllas con la decisión que se necesita para arrostrar el grave riesgo que la suerte de matar ofrece al que la ejecuta a ley.

Con el capote es quizá, y aun sin quizá, en lo que más vigorosamente se destaca la personalidad de Curro Vega. Sus verónicas son modelos de temple y suavidad, tan pausadas y lentas a veces que es posible que por exceso se aminore, si no la calidad del lance, su fuerza emotiva.

Y como esto puede tener visos de paradoja, lo aclararé.

Dejando a un lado que el toreo de *Gitanillo* es ese, en todo momento, lento y pausado, en lo que obedece, sin duda, a su idiosincrasia, a mí no me sorprendería que, influído por estímulos y sugerencias de la crítica, que le ha señalado esa peculiaridad de su toreo, se esfuerze él en acentuarla todavía más. Si eso sucede,—recuerde el lector lo que en el primer capítulo se ha dicho—la preocupación de la lentitud, rompiendo el ritmo que una fuerza, sino desconocida poco conocida, marca, es bastante para trocar en amaneramiento lo que es estilo, en oficio lo que es arte; de donde resulta que la obra—en este caso la verónica—técnicamente impecable, carece de esa bella emo-

ción que sólo puede producir la belleza artística.

Antes, y más que en *Gitanillo*, yo he creído ver en algún otro gran torero de nuestros días esa tendencia a prolongar, mejor cuanto más, la duración de los lances de capa, con grave perjuicio para la espontaneidad y gracia de los movimientos en ocasiones, o lo que es lo mismo, renunciando a la intervención de la "inspiración" coaccionada por la voluntad, incapaz de fijar el límite exacto de "lo que quiere hasta donde lo quiere", por lo que es tan frecuente caer en excesos o amaneramientos.

Hace años, muchos años, un amigo mío, entonces revolucionario del arte dramático español, hoy ilustre, insigne, epónimo dramaturgo, solía decir que "el artista debía cultivar sus defectos", aquello que la crítica le señala como defectos, pues casi siempre en los que se tienen por tales reside la personalidad. No seré yo quien impugne esta teoría, ni está tampoco en contraposición lo que en aquella época sostenía mi amigo—y es posible que lo siga sosteniendo—con lo que ahora digo respecto al toreo de Curro Puya. Precisamente lo que con estas observaciones pretendo es prevenir al artista contra todo prejuicio que pueda ser un obstáculo al libre desarrollo de sus posibilidades. Y conste que hablo de prejuicios, que nada tienen que ver con la disciplina racional y razonable de la técnica que no es posible eludir, por muy genial que se sea, porque aun en este caso se ampliará, se modificará, se creará una nueva, pero a ella habrá de someterse.

Tiene además otro inconveniente el exclusivo y aun sólo habitual cultivo de una determinada forma de torear. Dejando a un lado que con las "especializaciones" se achica cada vez más el toreo, una cierta categoría de aficionados acuden a las plazas a ver aquello que la fama ha divulgado como caso excepcional en este o en el otro diestro.

¿Depende de la voluntad de *Gitanillo*, por ejemplo, ejecutar en todo momento el "lance de los cinco minutos de silencio"?

No hay aficionado que, en teoría, ignore que no todos los toros se prestan a todas las suertes; pero en la práctica, si no lo exigen, creen haber sido defraudados si el torero no ha hecho aquello que era precisamente lo que de ellos querían y esperaban. Todo lo demás que pueda llevar a cabo es secundario; y suele ocurrir que el mismo torero, convencido de eso, sino puede torear como él sabe que el público espera, se desalienta, cuando no se desconcierta, y es incapaz de hacer nada a derechas.

Pero ¿qué remedio—preguntará el lector—tiene eso, si el estilo no es creación del artista y cada cual nace con el suyo?

No; no pido al artista que modifique su estilo, lo contrario es precisamente lo que le pediría si realmente existe esa tendencia. Mi consejo al notable espada trianero, como a todos los que como él están en posesión de ese algo que los destaca en su profesión, sería, en bien de la fiesta y en bien de ellos mismos, que, poniendo a con-

tribución todo lo que saben y todo lo que pueden, sin renunciar a las exquisiteces del arte más depurado, para practicarlo tan frecuentemente como la ocasión se ofrezca, no olvidasen que además de eso son aptos y capaces de hacer más cosas; más cosas de esas otras que la mayoría de los toros consienten, y que si no son tan bellas tienen también su mérito.

Y como al hablar así, claro que no me refiero únicamente al toreo de capa, será cosa de volver a esto para terminar con él, insistiendo en que *Gitanillo*, con el toro que le embiste recto, es algo extraordinario y sus lances inconfundibles.

Con la muleta, es artista y dominador, y con un poco más de alegría, de más fibra, menudearía las grandes faenas, porque puede con todos los toros y conoce como pocos para que sirva la franela en manos del matador.

Con aquellos que se la toman con bravura, no hay que decir que raya donde los mejores rayen, y faenas como la realizada en México con "Como Tú" tiene en su haber bastantes en España. Su pase natural es preciso, valiente y gallardo el de pecho, de una elegancia insuperable sus ayudados por bajo; y un muletero enorme, en total.

Como del matador ya se ha hablado de su estilo con el elogio merecido, ¿qué me resta por decir? Todo lo más lo que todo el mundo sabe: que hoy es Curro Vega de los Reyes, una de las grandes figuras taurómacas y por lo tanto que su nombre se hace imprescindible en los

U N O A L S E S G O

carteles de las plazas más importantes de España.

Como todos los toreros, más cuanto mejores son, tiene sus desigualdades y por lo tanto no todas las tardes triunfa; pero sonados serán sus triunfos cuando, como ya se ha dicho en páginas anteriores, el año pasado fué el segundo en torear corridas y en esta temporada allá, allá se andará.

Después, él dirá.

UNO AL SESGO

Barcelona, mayo de 1929.

Ediciones de LA FIESTA BRAVA

“Uno al Sesgo”

El Arte de ver los Toros
Guía del Espectador

El libro indispensable a todo a aficionado para comprender el mérito de los diferentes lances de la lidia.

3 PESETAS

Los Ases del Torero

Estudios críticos biográficos de los principales diestros actuales.

4.^a serie

Vicente Barrera, Félix Rodríguez, Arnillita Chico, Enrique Torres, Gitanillo de Triana, Antonio Posada.

0'30 CADA NÚMERO

Toros y Toreros en 1928

5 PESETAS

Pídanse en todas las librerías o a esta Administración: Aragón, 197, Barcelona, que los enviará contra reembolso